

OCTAVIO SANTA CRUZ URQUIETA

JUNTOS, HASTA QUE...

Verificó que el mensaje urgente estuviera bien atado y se elevó graciosamente, como en los viejos tiempos. Según se iban soltando sus alas entumecidas fue ganando altura, así subió y subió hasta más allá de las nubes. Por horas voló; voló planeando, voló en picada y voló en todos los estilos conocidos, calculando a la vez cada minuto, para poder llegar exacto a la cita y entregar a tiempo el preciado encargo. Disfrutó del Sol, del calorcito; a lo lejos, la cruz... claro, el San Cristobal. De pronto, divisó un grupo de aves plateadas volando en ordenada formación triangular. ¿Mensajeras quizás? Las siguió con la vista hasta que se perdieron más allá de San Lorenzo, hacia mar abierto, parecían enrumbarse a un largo viaje. El corazón le dio un vuelco. Pero pensó en la carta que llevaba asegurada firmemente a su patita izquierda y finalmente...

—El deber... —concluyó— primero es el deber. Bueno, igualito; yo ya no estoy para viajes largos. Total, a lo mejor son solo fanáticos que no tienen nada que hacer. O simplemente ingenuos que leyeron el bestseller ese y hacen la finta. Payasos. Cualquier *salvador* les da lo mismo. Ya regresarán.

Y miró para otro lado. A su costado, volando suavemente, una pájara extraña se mecía como columpiándose en el aire. No parecía paloma. Al menos, no mensajera. Pero no era cosa de

hacerle ascos, al cabo tenía un aire medio familiar, casi le inspiraba confianza; empezó a pensar si debiera saludarla...

—¡Qué! ¿Ya no te acuerdas de mí?

En efecto, yo me había quedado mirándola. Su voz no me sonaba del todo ajena, pero me era imposible reconocerla.

—¡Disculpe usted! —Le dije— ¿Será tal vez que...?

—¿De usted? —Contestó—. Toda mi vida a tu lado... Y ahora me tratas de usted.

—Lo siento balbuceé, es que no sé cómo...

—¡Bien que sabes! Tú siempre has sabido “cómo”... ¿O no? ¡Así es que ya no te me hagas!

Parecía enojadísima. No entendí por qué. Aunque también me pareció percibir un matiz de malicia y por un instante hasta creí que me estaba coqueteando... Yo estaba cada vez más confundido. Empecé a volar bajo. Finalmente y casi de común acuerdo nos posamos en medio del jardincito, debajo de una ramada. Ella sobre una hamaca y yo en un banquito a su lado. Me quedé meciéndola un rato, absorto, tratando de ordenar mis ideas.

En la puerta de la casa, los Testigos, con El Libro en la mano, pacientemente volvieron a tocar...

—Ociosos— concluí, y miré para otro lado volviendo a mi interlocutora.

—Entonces señora, usted que tanto sabe —le dije—, ¿podría tal vez ayudarme? Resulta que tengo que entregar este mensaje, y... por estos lares, no conozco mucho.

Desenrollé el papelito asegurado a la correa de mi reloj y se lo di.

—¡A ver! —leyó ella como armándose de paciencia—. Aquí dice: “Donepezil con cimetidina. Oral. De 200. Para el Alzheimer de Rosita. Entregar a las cuatro en punto, sin falta”... Mira —continuó—, Donepezil, es una pastilla, la pastilla que tomo

todos los días, la celestita. Y no me digas que no sabes que Rosita soy yo. ¡Para Rosita, dice! ¿Oíste?

Como si me hubiera pasado electricidad al codo, metí la mano al bolsillo. Desenvolví un papel servilleta arrugadito y de inmediato saqué la pastilla.

—¡Aquí está, mi amor! No faltaba más.

Ella hizo un ademán para incorporarse y noté en su gesto que el esfuerzo era demasiado. Me hice el disimulado y se la alcancé. Como pude me dirigí hacia la puerta del fondo, debía ser la cocina.

—¡No te levantes! —le grité—. Te voy a traer un poquito de agua, ¿ya corazón? Ahorita voy. ¿Qué cosa? ¿Acaso yo estoy acá pintado? Hierbaluisa te voy a dar, quitadita al frío y con una pizquita de miel como a ti te gusta...

Y empecé a buscar con la mirada. —Por aquí debemos tener una jarra. O al menos una botella. O... a ver, a ver. Vamos a ver...

POR TI

—¡Lo siento mi Sargento! No he podido tomarle la declaración. Solo acaricia la maleta esa y todo el rato se muerde las uñas. Así no se puede.

—Déjame a mí —contestó el comisario, bostezando— Yo sé cómo tratar a estos depravados—. Y volteando una silla se sentó frente al hombre:

—¡A ver! ¡Sus papeles! Nombre. Ocupación. Edad...

El detenido solo alzó los ojos, cuajados. Con un hilito de voz suplicó apenas:

—Por el amor de Dios, alcánceme una pita, o un pedazo de cinta scotch, o aunque sea un poquito de goma... —Y rompió a llorar.

Le parecía mentira que ayer nomás fuera su Noche de Bodas. Ella le sonreía, provocativa... y apretó coquetamente el interruptor. A la tenue luz de la lamparita estaba más encantadora que nunca. Él respiró con ansiedad y se preparó para algo realmente fuera de serie. No en vano había esperado tanto este momento. Contemplarla era un deleite. Ahora se estaba desabrochando lentamente la blusita...

—¿Corsé? —Preguntó el novio extrañado. Pero eso ya no se usa.

—Tienes razón —contestó ella—, no se usa... y yo lo sé. De hecho, creo que me lo voy a quitar. Ya no lo necesito. Además era solo para ajustar un poco la parte de arriba; es que... después de la “lipo” uno se queda como... ¿Entiendes?

Él no escuchó toda la explicación, tenía la mirada incrédula, fija en el cierre entreabierto de la falda que empezaba a delatar unos graciosos almohadoncitos de espuma y silicona que hasta ese momento habían fungido de turgentes y voluptuosas posaderas. Anonadado procuraba aquilatar —según iba descubriendo—, que no conocía para nada a esta mujer que ante sus ojos se desprendía desenfadadamente de imperdibles, elásticos, cintillos y aplicaciones. Y se encontró balbuceando disparates tratando de preguntar algo, cualquier cosa...

—¿Sí, querido? —Continuó ella, quitándose las uñas acrílicas—. No te entiendo bien. ¿Me decías?... Pero ¡Contesta! ¡Estás tartamudeando...! ¿Te pasa algo?

Él señaló un mechoncito pardo y tieso que asomaba insolente entre los bucles dorados.

—¡Ya! Tal parece que te molesta mi peluca. ¡Pues me la quito y listo! Y también los audífonos —añadió impaciente, subiendo el tono de voz. —¡Y la oreja, por supuesto! —bufó, quitándose la de un tirón.

—¡Agenesia! —explicó— ¿Nunca has visto? Total, para lo que hay que oír.

Continuó despojándose de prendas, afeites, implantes y postizos, cada vez más malhumorada. —¡Nada te parece bien! Y pensar que me he alistado tanto. Porque yo siempre me he arreglado para ti. ¿Sabías? ¡Me estiré para ti! Solo para ti. ¿Acaso no te gustaba lucirme por la calle? Me esmeré porque quería estar linda para nuestra boda. Ahora tenemos nuestra primera noche. ¡Y resulta que ni lo aprecias!— moqueó, mientras forcejeaba con el corraje de una especie de superportaligas.

—... Pues ahora te aguantas, porque el bótox sí que no me lo puedo sacar—.

Él, como hipnotizado, le miraba la cadera, que sonaba clic, clic...

—¡Al menos ayúdame con ésta prótesis, que no puedo quitármela yo sola!

Dos horas después la cabeza le daba vueltas. El recién casado contemplaba anonadado ese imposible rompecabezas, mezcla de piezas de lencería, cosmética y objetos orgánicos de toda clase esparcidos sobre la cama, el velador y la alfombra. Tuvo que apretarse con ambas manos sobre el ombligo.

—¡Esto no puede estar sucediendo!— se repetía ante el irreconocible amasijo en que se había convertido la que hasta hace un rato fue su prometida. De la despampanante novia sólo quedaba ese montón desordenado, agitándose. Ella seguía hablando y él ya no sabía si la voz de la mujer salía de la dentadura con brackets, del supe del zapato, o del sostén con rellenos de polipropileno.

Entonces fue cuando empezó a sonar la sirena. Luces intermitentes relampaguearon por las ventanas. El mundo entero parecía desplomarse —¡Temblor!... ¡Temblor! —gritaban de todas partes, despavoridos. Los pasos apresurados retumbaban en tropel por los corredores tambaleantes.

En un acto supremo de amor, venciendo su repugnancia metió apresuradamente todo el revoltijo en una maleta, hasta la última pestaña y sin dudar se lanzó escaleras abajo. Alcanzó a salir justo a tiempo porque el edificio venía derrumbándose detrás de él.

Jadeante, se sentó en el parque, aferrando el improvisado equipaje. De pronto, como un baldazo helado constató... ¡La llave! No tenía la llave.

—¡Ha estado usted ahí toda la noche mirando esa maleta! — le dijo el hombre del patrullero— ¡Vamos! Acompañeme. A la comisaría.

DETERMINACIÓN

Se acomodó la mochila bajo la nuca y ladeó la gorra para que no le dé el sol.

—Ya picará —se dijo, echándose soñoliento para el otro lado y movió un poco la pita, comprobando la tensión—. Al menos uno tendrá que picar... si no qué llevo a la casa.

Sus cuadernos y libros estaban todos revueltos y medio sucios de barro.

—Qué importa, total, al colegio hoy no regreso.

Procuró convencerse de que, más que faltar al colegio y tirarse la pera olímpicamente, lo que estaba haciendo era cumplir con su responsabilidad de hermano mayor para regresar llevando algo de almorzar a su mamá y sus hermanos.

—Si solo tuviera una mejor carnada, caray—, refunfuñó como buscando una disculpa, entre bostezo y bostezo.

Despertó con el sol ya alto. Nada, ni siquiera un bagre en esa mísera charca. De pronto, saltó como electrizado. ¡Diablos! ¡Cómo no se le ocurrió hacer negocio a tiempo! Desenvolvió como un rayo su mochila apachurrada y en efecto, de entre los paquetes extrajo una especie de piltrafa verduzca toda descuajeringada; la sacudió un poco, pero ya no había caso. Todo el rato había estado echado encima y así no hay lagartija que sobreviva. Si la hubiera cambiado temprano por la robusta honda que le ofreció su amigo habría podido cazar alguna perdiz silvestre, o cualquier cosa parecida y a estas horas ya estaría en la casa con sus hermanos tomando sopa de algún pájaro. ¿Qué hacer? Contempló al bicho, colgando de la cola, totalmente flácido, como un péndulo...

—¡Un péndulo! ¡Claro! Eso era, exactamente... ¡Qué buen buen ejemplo hubiera sido ese para el paso oral de física! Excelente. ¡El péndulo! ¡Que gesto magistral!... El profesor preguntándome...

—¡A ver usted, como se llame... Dé un ejemplo dinámico del isocronismo de las pequeñas oscilaciones!

—Todos con los ojos abiertos, expectantes. Para sus adentros... —¡Ya lo jaló! ¡Ya lo jaló!— diciendo, Entonces... yo, aparentando dudar un rato... —isocronismo ... isocronismo—, murmuro bajito... Y de improviso como por arte de magia ante toda la clase asombrada, saco... ¡la lagartija! Inmediatamente, en ese silencio, con voz sonora, aunque con un matiz, diríase, de perpleja incredulidad se escucha:

—¡Veeinte! ¡Tiene 20 en Física! Usted...

—Pacotaype, profesor. Ysmael, Pacotaype, para servirle. Gracias...

Pero... No. Ni modo. El control era para las dos de la tarde y ya deben ser más de las cuatro.

Continuó mirando al bicho inerte, frío, completamente muerto...

—Esta fría la lagartija. Aunque... la lagartija, siempre estuvo fría. Debe ser su carácter, no se calientan para nada, ni emociones tienen, ¡ja, ja! Eso debe ser, no se calientan ¡Uy caray, la hora que es! Mi papá es el que se va a calentar si llego con las manos vacías...

—“¡Yo ya estoy viejo! —me ha dicho— ¡Ya no puedo buscarme la vida como antes que en cualquier cosita me recurseaba!”

“¡...Como hijo mayor —le había dicho— tienes que ser un apoyo. Yo ahora con la artritis y esta cojera de toda la vida ya

apenas me valgo! Antes, hasta de torero me cachueleaba, eso a la gente le gusta ver, pero ahora ¿en qué voy a encontrar algo que hacer, así como estoy? Si me saliera cualquier cosita por ahí, yo le entro, porque eso sí, yo no le hago ascos a nada, ni le tengo miedo al trabajo; plata es plata, y en cualquier momento te chambeo de lo que sea...”

—Claro, lo que el viejo decía es que yo puedo dedicar unas horas por la tarde para ayudar en la fábrica nueva, esa donde hacen textiles, que dicen que hay trabajo de sobra y estaban buscando muchachos para escoger los retazos o para desenredar los hilos y ni siquiera tendría que perjudicarme porque no era en horas de colegio.

Pero no he ido. Y a estas alturas ya para qué voy a ir. Seguro que ya ni necesitan. Sí pues, dice que así se pierden las oportunidades en la vida. Es mi mala suerte de siempre, con eso no se puede.

Pero con la lagartija no todo estaba perdido. —Apuesto a que si se diseca la lagartija hasta puede servir para las clases de Biología, así se podría explicar con ejemplos, los chicos aprenderían mejor gracias a mi aporte y todos saldríamos ganando.

¡La voy a disecar! ¡Fijo que el profesor me la compra! ¡Esa sí que es una idea! ¡Ahí está la plata!... Ay caray, ¿cómo era que se disecaba una lagartija? Pucha, me he olvidado. A ver... Dicen que si uno cierra los ojos se acuerda clarito. Caramba que incómodo... ah, pero, claro, si me he echado sobre piedra. Mejor me pongo para este lado que hay pastito. A ver piensa... ¿Qué cosa era? Ah ya, ya me acordé. Con formol. Se guarda en formol y dura para siempre. Pero... ¿De dónde saco formol? No tengo ni gota. Espérate... a lo mejor puedo hacer formol. Claro. Total, solo es cosa de un poco de química y la química no es en verdad tanto misterio como nos quiere hacer creer el profesor. Lo que

pasa es que él se la ha agarrado conmigo, y lo que quiere es que yo vuelva a llevar el curso en verano. ¡Pero no me va a desaprobarme! Prepararé el formol y se lo llevo. ¡Qué mejor demostración! ¡Listo! Yo apruebo y él de paso tendrá un ahorro de materia prima. O sea...ya, entonces, la fórmula del formol. 'Cha máquina, no me acuerdo. Ah ya sé, ¡Mendeléiev! De repente en la tabla de los elementos está, por acá debo tenerla... si yo la tenía, yo tenía. Dónde la habré puesto, a ver les preguntaré a los chicos si tienen la tabla, a esos que vienen corriendo.

—Hey, ustedes, escuchen. ¿Alguien tiene la tabla de...? pero ¿Por qué gritan? No hagan tanta bulla. ¿No ven que estoy trabajando? Ya bajen la voz, que no me dejan concentrarme y escúchenme que quiero preguntarles algo...

—*¡Ysmael, Ysmael, el toro lo ha corneado a tu padre allá en el ruedo! Aquí lo traen.*